Informe sobre el trabajo de doctorado de Lenka Malinová, *Obraz venkova v současné španělské proze: Julio Llamazares, Luis Mateo Díez y José María Merino*, 2016

Juan A. Sánchez, Universidad Carolina

Debo decir, desde el principio, que el excelente trabajo de la doctoranda Lenka Malinová debe ser reconocido, en mi opinión, como una aportación llena de interés al tema estudiado. La autora del trabajo se dedica al análisis de tres novelistas que vienen publicando sus obras desde fines del siglo XX y siguen publicando a principios del XXI, y se centra sobre todo en su concepción del mundo rural. Los tres autores recrean en su novelística un mundo ficticio que es, al mismo tiempo, realista y mítico, simbólico, a través del cual ofrecen una imagen general del estado actual del hombre en la civilización occidental.

Los temas que se derivan del análisis del mundo rural y natural que aparece en estas novelas, formando una especie de corpus articulado y con sentido, aunque sea específico en el caso de cada autor, son, entre otros, los de la memoria (pp. 13 y ss.), la identidad (p. 23 y ss.), el estado del sujeto y su relación con el entorno, la imagen de la naturaleza (*passim*), etc. En la introducción a su trabajo, la señorita Malinová realiza un estudio teórico interesantísimo acerca de estos temas en relación con algunos especialistas contemporáneos. Con ese aparato teórico, se lanza al análisis de las novelas que ha elegido, dando como resultado algo más que no sólo una mera descripción de las acciones o los argumentos de las obras: una interpretación del sentido de cada una de las novelas estudiadas y del conjunto de todas ellas en tanto que propuesta histórica de un tiempo y una cultura a través de las obras de una generación.

Para que podamos conversar en la defensa, propongo algunos temas (o a veces dudas que tengo) que me han interesado particularmente. Por ejemplo, parece que existe en el trabajo una cierta oscilación entre la visión de una naturaleza cruel que animaliza al hombre, lo cual parece demostrado por ejemplo en el primer bloque del trabajo, y, por otro lado, una naturaleza digamos idílica que supone una especie de alternativa a la civilización moderna, donde el hombre vive también alienado. En la p. 18 se dice que los tres novelistas creen que la civilización moderna supone una pérdida de la memoria colectiva, y de la identidad. Parece entonces que el mundo rural aparece, como acabo de decir, como una alternativa a esa „deshumanización“ del hombre moderno globalizado. Sin embargo, por otra parte, la autora describe, perfectamente, cómo la naturaleza, concebida según parámetros románticos (p. 59), lleva a los habitantes de la montaña y de la aldea a un proceso de animalización. ¿Significa eso que profundizan más en su propia identidad, como si fuera una especie de encuentro del hombre consigo mismo en la naturaleza al estilo de *Walden*, o al revés, que en la naturaleza el hombre pierde su carácter humano, convirtiéndose en una fiera, como si se tratara de una especie de darwinismo? Por otra parte, en la p. 73 parece sugerirse que es la guerra la que rompe la armonía, con lo cual es dado pensar que la naturaleza, en sí misma, no habría provocado esos procesos de deshumanización. ¿Habría sido diferente, no se habría convertido el hombre esencialmente en un „cuerpo“ (p. 66) de no

haber sido por la guerra? ¿Cuál es el verdadero valor, en sí misma, de la naturaleza? Es el mundo verdadero en el que el hombre se encuentra a sí mismo, o es el límite más allá del cual ya no hay hombre ni cultura, sino sólo animal?

Uno de los temas más interesantes que se exponen en el trabajo es la influencia de Juan Benet en los escritores elegidos. De alguna manera, podría llamarse a todo este grupo „novelistas benetianos“, y habría que incluir en él al Muñoz Molina de Mágina e incluso al José Ángel González Sainz de El Valle. Hay unas páginas magníficas en el trabajo doctoral que aquí se comenta (p. 102 y ss.) donde se relaciona Celama, de Luis Mateo Díez, con la Región benetiana y se analiza el carácter simbólico de ese mundo imaginado y que no está en los mapas. Algunos de los elementos de ese mundo ficticio, el agua, la nieve, la llanura, el cielo, la noche, le dan un sentido metafísico al espacio novelístico, como muy bien describe la autora del trabajo. Es posible que la misma influencia –Benet, con Faulkner al fondo- podría haberse considerado en el caso de Llamazares. Cuando la sta. Malinová habla, en las p. 41 y ss., de la relación entre la memoria y el olvido, y sobre todo de que la memoria falsea y miente, que no es una facultad que nos hace presente lo que fue, sino que lo maquilla, lo deforma o, directamente, lo inventa, en definitiva, que la memoria es una mentira, podría haber recordado semejantes ideas en la obra de Benet. Por ejemplo, *Volverás a Región*, Barcelona, RBA, 1993, p. 93: „Hay una palabra para cada uno de esos instantes que, aunque el entendimiento reconoce, la memoria no recuerda jamás; no se transmiten en el tiempo ni siquiera se reproducen porque algo –la costumbre, el instinto quizá- se preocupará de silenciar y relegar a un tiempo de ficción.“ Es sólo un ejemplo, porque es un tema recurrente en Juan Benet. La idea de que la memoria nos engaña, y por tanto los que creemos recuerdos son en el fondo formaciones, creaciones de nuestra mente; y que el protagonista de esa ficción somos nosotros mismos, que creemos conocernos por nuestros recuerdos pero que quizá sólo nos hemos inventado para inventarnos quienes somos –ese pensamiento, digo, provine en el siglo XX probablemente de Bergson, que tanto influyó en Machado (los apócrifos) con su concepto de la *Durée* (Bergson, *Essai sur les données inmmédiates de la conscience*, Paris, Félix Alcan, 1936, p. 69). La *Durée* es la experiencia no racional no cuantitiva del tiempo en la consciencia (el único tiempo real para el hombre, que no el de los relojes: un tema del que Benet no deja de hablar), es decir, una sucesión de estados que se funden unos en otros como por ósmosis (una palabra que aparece en la tesis que comentamos, p. 61; con otro sentido, pero que no dejaría de ser susceptible de relacionar con esto). En esa vivencia flexible de la consciencia, no puede saberse lo que son recuerdos verdaderos o deformados, porque ese material está siempre moviéndose y recreándose. La vida de la psique, por tanto, es un misterio y la memoria es algo de lo que es dado sospechar. Este tema está asimismo presente en la concepción del narrador, como queda claro con sólo mirar la cita de Luis Mateo Díez de la p. 122.

En la parte dedicada a José María Merino encuentro algunas inconsistencias que no se deben, desde luego, a la autora del trabajo, sino posiblemente a José María Merino mismo -cuando no a mi errónea percepción del problema. Teniendo en cuenta que siempre puede ser esto último, cabe de todas formas

preguntarse: ¿no será José María Merino, quizá por su misma impronta posmoderna, que consiste en la mezcla de géneros, un escritor confuso? O quizá esto: la confusión que encontramos en su discurso, ¿no será precisamente el signo de un tiempo en el que los criterios se han extraviado, en el que el novelista, como los seres que describe, buscan inútilmente una salida?

Por una parte el escritor, como muy bien describe la autora de la tesis, trabaja a base del juego genérico, avanzando por el conocido camino de la posmodernidad, para la cual no hay jerarquías. Esto es perfectamente encomiable y puede dar maravillosos resultados, como pasa, por ejemplo, en Borges. Ese es el camino que lleva a Merino, por ejemplo, a mezclar realismo y ciencia ficción (p. 147), y mediante éste y otros procedimientos se alcanza una desestabilización del principio de autoridad del narrador (p. 146 y *passim*). Yo siempre me pregunto, sin saber la respuesta, si este rasgo tan posmoderno (dudar del narrador, socavar su autoridad) no será tan típicamente moderno que ya lo encontramos en el *Quijote*, y corresponde a la novela plurilingüe, es decir, al discurso moderno en oposición con el medieval, que es monolingüe; y esa plurilinguisticidad nace, según Bajtin, del abandono del paradigma del princpio de autoridad. Sobre este punto podríamos debatir también en la defensa.

Pero dejando esto aparte, volviendo a Merino, vemos que combina oralidad y multiplicidad de perspectivas (p. 155), es decir, un tipo de discurso premoderno, el de la cultura oral, anterior a la cultura escrita, y uno posmoderno, posterior a la cultura escrita, en el que el libro ha perdido su protagonismo, cediéndolo a los *mass media* y, ahora, a internet. Esta mezcla de lo oral y lo „multiperspectivista“ me parece curiosa. Porque presidamente el discurso oral, como explica Ong, es aquel en el que palabra y cosa son lo mismo, sujeto y objeto se unifican, y todos, en comunidad, se funden al mismo tiempo con el narrador y con el héroe –que los representa- de lo narrado. Es decir, en el discurso oral no hay perspectivas, sólo hay una perspectiva, que, por darse como total, precisamente no lo es. ¿Cómo se articulan esos dos mundos en Merino, el de lo oral y el de las múltiples perspectivas? ¿Representa el de lo oral lo rural y una alternativa, una salvación, a lo posmoderno, que es el de las perspectivas? Así parece ser en relación con la novelística de Llamazares (p. 78): el mundo rural es el descanso del peregrino sin centro del mundo globalizado. Así es también en *Volver al mundo*, de González Sainz. ¿Cómo es en Merino?

Otro elemento en juego surge complicándolo todo mucho más en la novelística de este último autor: el personaje de *El heredero* encuentra, o tiene la esperanza de encontrar, su identidad gracias a las historias familiares (p. 171). Sin embargo, cabe preguntarse: ¿recupera o se acerca a su identidad gracias a la cultura oral? ¿No sería paradójico el hecho de que lo oral, que pertenece a un mundo sin identidad (es decir, sin identidad individual), en el que no hay identidad del yo, sino del nosotros, del grupo, ayuda al personaje a encontrar su identidad (personal, se sobreentiende)? La identidad individual es un producto, posiblemente, de la cultura renacentista (nacimiento de la autobiografía, del retrato, Petrarca como el primer hombre moderno –con el antecedente de Agustín, claro-, etc.) La identidad individual es un rasgo típico de la modernidad, pero lo oral es premoderno. En definitiva,

¿en qué tipo de discurso hay que situar a Merino? ¿No será que está seducido por distintas opciones sin darse cuenta de las incompatibilidades? O quizá busca una especie de vía media. Creo que éstas son algunas cuestiones que pueden comentarse en el debate. Me gustaría conocer la opinión de la autora y la de los otros colegas naturalmente también.

En resumidas cuentas, el trabajo de la doctoranda Lenka Malinová me parece muy valioso, plantea preguntas complejas y ayuda a comprender a tres novelistas representativos de la última ola –o la penúltima ya- de la novela española. Creo que el trabajo debería ser admitido a la defensa y propongo para él la nota de **Výborné**.

doc. Juan A. Sánchez, PhD.

Praga, 18 de noviembre de 2016